



Archivo Filosófico Argentino

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Puciarelli

IMMANUEL ABREVIADO

Coriolano Fernández



Immanuel Kant, uno de los mayores filósofos que en el mundo han sido, nació en Königsberg, casi sobre el Mar Báltico, en 1724, en el seno de una familia modesta -su padre era talabartero- y murió en la misma ciudad en 1804. Estudió en la Universidad, donde fue profesor y Rector.

Königsberg por entonces pertenecía al Reino de Prusia, en una región llamada Prusia Oriental. Tras la Segunda Guerra Mundial Prusia Oriental fue dividida, una parte correspondió a Polonia y la otra a Rusia, por entonces Unión Soviética, Y la ciudad fue rebautizada Kaliningrado, en honor de Mijail Kalinin, dirigente de la revolución de octubre y luego fervoroso estalinista.

Tras el derrumbe de la Unión Soviética (1989) la ciudad ha quedado dentro de la Federación Rusa.

Kant dictó clases durante casi cuarenta años y escribió mucho y bien. Gustaba de las caminatas, de fumar una pipa diaria y, sobre todo, de las reuniones con amigos, donde no debía haber menos de 3 (las Gracias) ni más de nueve (las Musas); en tales ocasiones no consentía hablar de filosofía y solía charlar de otras cosas con gran amenidad.

De su vasta obra se destacan tres libros que empiezan con la misma palabra.

Crítica de la Razón Pura, de 1781 y 2da. edición 1787; *Crítica de la Razón Práctica*, de 1788 y *Crítica del Juicio*, de 1790. En esta trilogía, que le vale a su filosofía la etiqueta de criticismo, brilla la primera, la de la *Razón Pura*, su obra maestra y uno de los libros decisivos en la historia de la filosofía. Lo redactó en seis meses, tras diez años de casi total silencio como escritor.

La obra propone una “revolución copernicana” en filosofía. Hasta ahora se admitía, dice Kant, que todo nuestro conocimiento se rige por los objetos; y pide ensayar una vez si no adelantamos más en metafísica admitiendo que los objetos tienen que regirse por nuestro conocimiento.

Hay en el sujeto elementos o formas *a priori*, esto es, independientes de lo empírico, y estas formas son la condición de posibilidad de la experiencia. Son *a priori* las intuiciones del espacio y el tiempo y también son *a priori* las categorías, como causalidad, realidad, existencia y otras.

Gilles Deleuze lo explica así: Kant sustituye la idea de una armonía o concordancia final entre el sujeto y el objeto por el principio de una sumisión necesaria del objeto al sujeto. Martin Heidegger, por su parte, ve en la *Crítica* no una teoría del conocimiento sino una ontología, o sea, un estudio sobre el ser del ente.

Existen en nuestro idioma varias traducciones de este libro y desde hace unos años disponemos de una edición a cargo de Juan José García Norro y Rogelio Rovira (Madrid, Tecnos,2002).Nos detenemos en ella por dos motivos.

Primero, es una versión abreviada. Kant es un escritor de tendencia barroca, con muchos pasajes literariamente admirables, pero el asunto que trata es muy abstracto y Kant da nuevos significados a vocablos añejos de la filosofía.

La versión abreviada intenta dar básicamente una visión global del abanico de temas abordados en el libro; se suprimen secciones o párrafos que en una lectura inicial pueden saltarse, pero se mantiene el esqueleto lógico, la articulación de los argumentos centrales. Todo ello sin apartarse de la letra kantiana. Libro abreviado, no condensado ni resumido. Los editores Norro y Rovira han trabajado con suma seriedad merced a su conocimiento de primera mano del asunto.

Hay una introducción que sirve de guía del lector, un breve glosario y casi doscientas notas explicativas. Y llega prácticamente hasta el final del libro, “La arquitectónica de la razón pura”, allí donde Kant -en frase devenida indeleble para la vida filosófica, como tantas otra suyas- dice: puede aprenderse la matemática, pero nunca puede aprenderse la filosofía, sino que, en cuanto a la razón atañe, a lo más solo puede aprenderse a *filosofar*.

Figura en la Colección “Los Esenciales de la Filosofía”, donde la tarea de abreviatura se ha realizado con otros textos, p. ej. *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*, de Hegel y *La Ciudad de Dios*, de San Agustín.

Y surge una pregunta: ¿los clásicos de la filosofía son *todos* pasibles de abreviatura? No estoy muy seguro. Pienso en la *Metafísica* de Aristóteles, pues, como señala Hernán Zucchi con el símil del rompecabezas, no es una obra

totalmente acabada. Zucchi, digamos de paso, es autor de la primera versión hecha por un estudioso argentino de ese texto aristotélico (Buenos Aires, Sudamericana, 1972 y 2000).

Pienso también en Henri Bergson, Bertrand Russell y Jean-Paul Sartre, que por algo obtuvieron el Premio Nobel de Literatura (no hay Nobel de Filosofía) y podríamos inquirir si en tales casos la abreviatura no quita riqueza a la prosa.

El segundo motivo reside en la traducción. Norro y Rovira escogieron la de Manuel García Morente (1888-1942), eximio filósofo español que estuvo en la Argentina y en 1937 dictó un curso en la Universidad de Tucumán, apasionante al decir de quienes asistieron, y de donde surgió el libro *Lecciones Preliminares de Filosofía*.

Morente tradujo las tres *Críticas*, publicadas en Madrid por la editorial Librería General de Victoriano Suárez, la de la *Razón Práctica* en 1913 y la del *Juicio* en 1917.

En 1928 aparecen dos tomos de la *Crítica de la Razón Pura* y la editorial anuncia que en total serán cuatro. En la “Advertencia del Traductor” Morente la presenta como la primera versión castellana completa. Pero pasaron los años y los otros dos no vieron la luz.

Entonces se dio por sentado que la excelente traducción morentiana estaba inconclusa y lo de “completa” habría sido un propósito del traductor, que las peripecias de la vida española en la década de 1930 frustraron.

Pues nada de eso. La hija mayor de Morente, María Josefa García y García del Cid, siguió habitando la casa paterna hasta 1996 cuando decide mudarse y en ocasión de esa mudanza encuentran en un cajón de escritorio el manuscrito completo.

Se pasó por alto un dato: aquella “Advertencia del Traductor” de la edición de 1928 estaba fechada así: “Madrid, marzo de 1917”. Morente sabía muy bien lo que decía. Norro y Rovira ubican justamente la redacción de Morente entre 1914 y 1917.

Se ignoran dos cosas: porqué si estaba completa hacia 1917 transcurrió más de una década antes de editarla y porqué si estaba completa la editorial solo publicó dos tomos y no los cuatro anunciados.



Ciudad de Buenos Aires, © Argentina, 2008.